

12. “Permaneced en mi amor”

“Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor”. (Jn 15,9)
Adorar a Cristo no significa morar en una casa cerrada, en un templo reservado: es morar en su amor, el amor con que Jesús nos ama como es amado por el Padre, es decir, un amor que nos alcanza ya irradiando del Padre al Hijo y del Hijo a nosotros. Esta es la naturaleza de la caridad de Dios, la verdadera naturaleza y realidad de todo amor. La alegría de permanecer en Cristo se apagaría, se ahogaría, si pretendiéramos permanecer en Él sin permanecer en su amor.

Siempre existe en nosotros la tendencia a poseer el tesoro sólo para nosotros, a poseerlo sin adherirnos a él, sin entrar en él, en lo que es. Esta es una gran tentación, porque es como pretender poseer a Dios sin recibir en Él el amor que Él es, el don que Él es para el mundo. Es la tentación de poseer a Jesús sin transmitirlo, sin dejar que viva en nosotros su amor sin límites, sin exclusión, sin fin.

Pero estas palabras de Jesús en la Última Cena, aunque nos piden expresamente un amor a los demás que llega hasta dar la vida, inician y condensan una exigencia y una oferta fundamentales en las que nunca dejaremos de fijarnos: “Permaneced en mi amor” (Jn 15,9c).

De hecho, antes de decirnos: “Permaneced en mi amor”, Jesús nos dice una de las cosas más extraordinarias del Evangelio: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo”. Cristo no puede decirnos nada más grande, porque nos dice una cosa infinita que llega a tocarnos, que llega a implicarnos personalmente. ¿Qué puede haber más grande que el amor del Padre al Hijo en el don del Espíritu Santo? Nada puede ser más grande porque es un amor infinito, porque es un amor que es toda la realidad posible, toda la realidad y la fuente de toda realidad. Nada increado y nada creado existe fuera de este amor. Dios no existe fuera de este amor.

Y Jesús nos lo dice así, en la mesa, como diciendo algo obvio. No puede haber mayor gracia, mayor amor, mayor tesoro para nosotros que ser amados por el Hijo de Dios como el Padre le ama. Necesitaríamos toda una vida para meditar y darnos cuenta de lo que significan estas palabras para nosotros. Y, en efecto, pasaremos la eternidad contemplando y abrazando lo que expresan.

“Como el Padre me ha amado, así os he amado yo” (Jn 15,9).

Cuando Jesús añade: “Permaneced en mi amor”, es con la resonancia de las palabras que preceden como debemos comprender lo que esto significa.

Comprendemos ante todo que esta exigencia de permanecer en su amor, más que una exigencia para nosotros, es un don suyo, una oferta que nos hace. Como si dijera: “Aquí tenéis, a vuestra total disposición, el espacio infinito y a la vez absolutamente personal de mi amor por vosotros, que es el mismo amor con el que el Padre me ama a mí. No podría haceros un regalo más grande que éste. Es un don que coincide con mi vida, porque vivo del amor del Padre, soy su don, y este don se os da sin reservas, hasta la muerte de Cruz. En este amor podéis entrar y permanecer. Entrad en él, vivid en él, permaneced siempre en él. Y si lo dejáis, si perdéis esta permanencia, si salís de mi amor, la puerta permanece abierta, siempre podéis volver a entrar. Porque es en vosotros, en vuestra libertad y conciencia donde podéis caer fuera de mi amor, pero

en mí no es así, nunca caéis fuera de mi amor, pues aunque caigáis, y más aún si caéis y salís, yo os amo como el Padre me ama. Caer fuera de mi amor es una ficción, una mentira diabólica que vuestra libertad puede hacer suya, pero no es la realidad. Mi amor nunca se retirará de vosotros, no se extinguirá, no dejará de arder. Y cuanto más entréis en mi amor, más saldréis de vosotros mismos, es decir, amaréis como yo os amo. Como yo, que permanezco siempre en el amor del Padre, os amo a todos sin límites y os doy toda mi vida”.

Podría seguir describiendo interminablemente lo que significa para Jesús y para nosotros la oferta de permanecer en su amor. Todo el Evangelio y las cartas de Juan, pero también de san Pablo, expresan este anuncio sin fin, sin posibilidad de agotamiento, como un misterio que ningún entendimiento podrá jamás contener.

En efecto, el Evangelio de Juan termina sin agotamiento:

“Pedro, volviéndose, vio que les seguía el discípulo a quien Jesús amaba, el mismo que en la cena se había apoyado en su pecho y le había preguntado: «Señor, ¿quién es el que te va a entregar?». Al verlo, Pedro dice a Jesús: «Señor, y este, ¿qué?». Jesús le contesta: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme». Entonces se empezó a correr entre los hermanos el rumor de que ese discípulo no moriría. Pero no le dijo Jesús que no moriría, sino: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué?». Este es el discípulo que da testimonio de todo esto y lo ha escrito; y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero. Muchas otras cosas hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni el mundo entero podría contener los libros que habría que escribir”. (Jn 21, 20-25)

Juan permanecerá hasta la vuelta de Cristo, no tanto en el permanecer vivo, en el no morir, sino en otro “morar”, en otro “*menein*”, el referido a la venida de Cristo, a la presencia de Cristo. Hasta el final permanecerá en la Iglesia, también entre nosotros y en cada uno de nosotros, el discípulo que Jesús ama, es decir, *el discípulo que permanece en su amor*. Esta vocación, ser este discípulo, nos concierne a cada uno de nosotros, concierne a todo discípulo de Cristo, más aún: a todo ser humano, porque todo hombre es amado por Cristo como el Padre le ama, y todo hombre está llamado, por tanto, a permanecer en su amor.

Debemos pensar en ello al menos cada día, en cada Eucaristía. Deberíamos pensar en ello cada vez que oramos, cada vez que meditamos la Sagrada Escritura, el Evangelio.

Lo más importante en la vida y en la vocación es precisamente permanecer asombrados y abiertos ante Jesús, que nos dice: “Permaneced en mi amor”. Luego, lo que esto significa, nunca dejaremos de entenderlo, y cada día, cada momento, significará mil cosas distintas, por ejemplo, significará a veces pararse a rezar, y a veces ponerse a trabajar sirviendo con amor al prójimo, a los pobres. A veces significará sufrir en una ofrenda silenciosa, por ejemplo en la enfermedad, y otras veces salir de fiesta y divertirse fraternalmente. El abanico de formas en que podemos permanecer en el amor de Cristo es infinito. Porque al final no se trata de lo que uno hace o vive, sino de dónde está su corazón. “Porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón.” (Mt 6,21)

(Los capítulos se reanudarán el lunes 11 de septiembre)